

Mapas para la fiesta

Un acercamiento a la cuestión del conocimiento

Raúl González Fabre



Bajo este título nos propone Otto Maduro en su último libro una aproximación crítica al problema del conocimiento en América Latina. El acercamiento a la cuestión se encuentra claramente situado en un lugar vital: la *praxis* de liberación de nuestros pueblos, entendida como creación de vida y transformación de realidades opresivas y destructivas. El punto de partida de la reflexión es la perplejidad que nos produce la realidad al comportarse de una manera distinta a lo que esperábamos, al frustrar los esfuerzos con los que tratamos de construir una vida mejor, e incluso volverlos contra nosotros. La experiencia de décadas de trabajo popular cristiano en Latinoamérica está llena de esta perplejidad: con frecuencia los frutos de tanto esfuerzo han de medirse más en el espíritu que en la materialidad de los éxitos organizativos, económicos o

culturales. Encerrarse entonces en las primeras visiones promisorias que inspiraron el trabajo es negarse dogmáticamente a la realidad. Otto Maduro nos propone desvelar lo que haya detrás de esa negación, no sólo para comprender mejor las trampas del conocimiento en nuestra sociedad, sino también para entender nuestras propias trampas, y liberarnos en lo posible de ellas.

Para entendernos a lo largo del libro, Otto Maduro nos propone una definición provisional de «conocimiento»: «nuestros esfuerzos por clasificar, entender y explicar cómo y por qué la realidad es como es y funciona como funciona». Se trata en el fondo de la vieja actividad humana de hacer mapas de lo real, a través de los cuales orientarnos. ¿Orientarnos hacia dónde? Hacia la creación de una vida digna de ser *festejada*, hecha de trabajo solidario, justicia y ternura entre personas y comunidades. Mapas para la fiesta, para «la búsqueda del placer en común, la alegría duradera, el deleite profundo, el gozo gratuito, la dicha contagiosa». Nos encontramos aquí que en el fondo del libro subyace un *ethos* característicamente latinoamericano. La tesis central es que con un adecuado esfuerzo crítico, podemos integrar nuestro conocimiento a ese modelo de

vida buena, y convertirlo así no sólo en camino—para sino también en parte—de la fiesta.

LA CRITICA DEL CONOCIMIENTO

El libro discurre en cinco partes. La primera muestra de qué maneras influye la experiencia en nuestro conocer. Con abundancia de ejemplos, van siendo revisadas nuestras experiencias cotidianas de lo decisivo para la vida, las alegrías y dificultades, la aceptación afectuosa, las normas sociales, lo «sabido y conocido», la certeza, el poder, la frustración, la contradicción y la incoherencia. La existencia concreta ilumina determinadas zonas de la realidad y deja en sombras otras, según los intereses vitales de cada cual, en procesos más o menos conscientes y voluntarios. Puesto que la integridad de lo real se nos escapa en su complejidad, cada cual — persona o comunidad— va seleccionando unas áreas y cerrando otras a su esfuerzo cognitivo, aceptando unos rasgos de lo que se le presenta y negando otros. Es más, cada cual interpreta su propia experiencia de conocimiento de una manera distinta, de tal forma que al final es fácil que no sólo sean distintas e incluso incompatibles las visiones de la realidad, sino también las

comprensiones acerca de qué es conocer. Y con todo ello, peligra la posibilidad misma del diálogo.

La segunda parte ofrece algunas claves metodológicas para un pensamiento crítico: «interrogarnos acerca de la manera cómo nos hemos venido relacionando con las realidades que queremos conocer, sondear la historia de esas mismas realidades y las diferentes maneras como han sido vistas a través de su historia; explorar en el pasado o en sociedades diferentes otras maneras posibles de concebir y relacionarse con realidades semejantes; examinar a fondo diferentes perspectivas y controversias que se dan hoy sobre tales realidades; y reflexionar autocríticamente en torno a cómo nuestros propios intereses y valoraciones pueden ofuscar nuestra aptitud de captar».

La tercera parte del libro plantea la conexión entre el conocimiento y el poder, particularmente en torno a las relaciones de dominación y a los esfuerzos de liberación. El problema de los criterios de verdad es enfocado por Otto Maduro de manera declaradamente pragmática. No se trata de buscar un criterio universal y estático para distinguir lo verdadero de lo falso —que siempre quedaría sometido a la sospecha acerca de su funcionalidad al servicio de determinados intereses—, sino de ampliar y multiplicar nuestros criterios de verdad. El autor sugiere una forma de hacerlo: que la verdad venga a ser una tarea colectiva, en la que lo más verdadero sea lo más capaz de reapropiación por el colectivo, lo que más estimula la autonomía intelectual de personas y

comunidades, lo que consolida la vida buena compartida. Y aquí cambia sensiblemente el concepto de conocimiento con que se venía operando, puesto que ahora la realidad está contaminada de falsedad, de destrucción de lo genuinamente verdadero: la vida, la ternura y el disfrute solidario de la existencia. Nuestras verdades sólo lo serán en la medida en que contribuyan a transformar el mundo en uno verdadero. Consecuente con la línea crítica que ha seguido, Otto Maduro rechaza la separación radical entre la verdad y el bien que operó el positivismo, para dar prioridad al bien sobre la verdad, si fuéramos a hablar en términos escolásticos.

La cuarta parte trata del lenguaje, que es instrumento de la formulación y comunicación del conocimiento, a la vez que de la crítica del mismo. El lenguaje orienta el conocimiento y le pone límites, oscurece partes de la realidad y se presta por ello para ser modificado según los intereses de los grupos dominantes. El autor propone entonces una «liberación del lenguaje» de las comunidades, desde su experiencia de resistencia. Las formas populares de decir y expresar necesitan a la vez de aprecio por su valor como herramienta nuestra, y de crítica por las facetas opresivas que puedan contener.

UNA REDEFINICION DEL CONOCIMIENTO

La parte final del libro propone una redefinición de «conocimiento»: conocer es reconstruir mentalmente

relaciones reales, hacer mapas de la realidad, que necesariamente han de ser fragmentarios, parcializados, imaginarios y provisionales. Por lo mismo, piensa Otto Maduro, saberlos así es reconocerlos como aptos para el diálogo con personas y comunidades, para la reflexión crítica que con su trabajo intenta estimular.

UN LIBRO PARA SER LEIDO... Y CRITICADO.

Desde el punto de vista de su forma, el libro resulta una poderosa herramienta pedagógica. Breve, escrito en un lenguaje rico en imágenes y ejemplos de la vida cotidiana, accesible sin duda a la comprensión popular. Es un libro ideal para iniciar a personas sin preparación académica en el pensamiento crítico, para un taller de análisis del conocimiento en el barrio o el liceo. Y, desde luego, también para hacer pensar a personas con más entrenamiento en filosofía. Este tipo de textos no abunda, y nos felicitamos porque se anuncia una pronta edición venezolana en Monte Avila.

Desde el punto de vista filosófico, pueden ponerse las objeciones comunes a los autores de las «escuelas de la sospecha» que han fragmentado la razón moderna. El baile de máscaras —quitar una para encontrar otra, desenmascarar al desenmascarador— acaba en el caso de Otto Maduro con una definición no crítica de la «vida buena», que organiza pragmáticamente su propuesta, y evita el vértigo epistemológico que la amenazaba. Al final, todo esfuerzo por salvar la consistencia que lo real tiene

«de suyo» desaparece, y el conocimiento queda sin más punto de orientación que una opción ética. Esta es, desde luego, una típica postura postmoderna, que complica la posibilidad del diálogo con quienes no comparten aquella opción ética, por falta de referente común, de lugar compartido en que resolver los desacuerdos. Justamente en nuestro tiempo, en que las fuentes de propuestas éticas se multiplican y la tolerancia social acerca de las convicciones de cada cual crecen en todos los ambientes, no parece éste ni siquiera el camino más funcional para un diálogo humanizador. Felizmente, la fuerza de lo real acaba imponiéndose y obligándonos a dialogar más de lo que teníamos en programa.

Con ello no quiere decirse aquí que no tenga razón Otto Maduro al dibujar el mapa de las trampas del conocimiento; sólo se niega que el esfuerzo por conocer se agote un juego de tretas e intereses, por uno de las cuales se opta intuitiva o afectivamente. Al contrario, el atenuamiento a la realidad — que tiene consistencia propia — es constitutivo de la razón humana: las trampas, trampas son, y nuestra vocación como cognoscentes racionales es precisamente eludir las para alcanzar la realidad. La tensión de nuestro intelecto hacia lo real se manifiesta espontáneamente como una pretensión de conocimiento, que no podemos deponer sin violencia. De lo cual, por otra parte, es un buen ejemplo el libro de Otto Maduro. La fuerza con que la realidad se opone a nuestras intenciones, tomada por el autor como punto de arranque de su libro, induce la duda que da lugar a la crítica necesaria. Uno de sus

resultados es el atemperamiento de la convicción con que antes sosteníamos nuestras ideas, y ello propicia el diálogo. Pero el diálogo requiere a su vez cierta convicción de estar en la verdad, junto con una intensa pretensión de alcanzar realidad. Por ello, si la crítica acaba en la disolución de la razón, si no ofrece un punto más firme de apoyo sino que amenaza todo punto de apoyo para el pensamiento, entonces nos deja desarmados de razón ante los conflictos de intereses, y convierte toda palabra en propaganda. Esta es una de las consecuencias posibles de priorizar lógicamente el bien sobre la verdad, la voluntad sobre la razón.

El autor, consecuente, invita a la crítica de su libro. La nuestra reconoce el gran valor pedagógico del texto, y el interés de la sistematización crítica que realiza. Apreciamos también el lugar epistemológico que escoge, y tan sólo lamentamos que su habilidad expresiva y su esfuerzo intelectual no concluyan en una propuesta metódica más sólida: formas de resolver entre las mil perspectivas que se nos invita a explorar, criterios de verdad que puedan defenderse incluso ante quienes no creen lo mismo que nosotros, un lenguaje común a través del que sea posible el diálogo ahora, y no cuando la «falsedad» haya abandonado el mundo.